

INTRODUCCIÓN

Cristian Moyano

ACERCA DE ESTE LIBRO

Este libro es resultado de la actividad investigadora encauzada por el proyecto *Ética del Rewilding en el Antropoceno: Comprendiendo los Escollos de Regenerar Éticamente lo Salvaje*, simplificado bajo el acrónimo ERA-CERES. La investigación que se ha llevado a cabo en este proyecto ha transcurrido por diversas fases, desde un trabajo de campo en el valle del Côa, en Portugal, de la mano del equipo que compone la iniciativa *Rewilding Portugal*, hasta diversas jornadas de reflexión conjunta y debate acerca de las oportunidades y de los escollos éticos del *rewilding*, celebradas tanto en Madrid como en Barcelona a lo largo de 2022 y 2023.

La primera ocurrencia del libro nació con el fin de crear un espacio, recogido por páginas y vestido de tinta, donde compartir reflexiones morales en torno al *rewilding*, entendido comúnmente como renaturalización. El objetivo último ha sido tender puentes entre distintas personas y disciplinas preocupadas por una época biogeopolítica llamada, por algunos, Antropoceno (Steffen *et al.*, 2011). Tender puentes respecto a cómo encarar

colectivamente este desafiante contexto, caracterizado por una grave crisis ecosocial. Puentes respecto a qué propuestas deberíamos impulsar y desplegar a fin de tener la oportunidad para que todos, humanos y no humanos, florezcamos dignamente en este planeta. Puentes que, tal y como refleja el título del libro, aspiran a ser salvajes, transmitiendo a su vez, una filosofía integradora.

¿Por qué titular al libro *Puentes salvajes*? Por tres razones principales que resumo muy brevemente. La primera, es porque esta obra trata de recuperar una reconexión, sea ontológica o ética, con las demás especies salvajes que también habitan la biosfera. La segunda, es porque lo salvaje tiene un sentido no estrictamente etimológico, sino histórico, que remite a lo revolucionario, que se revela y se distingue del marco civilizatorio dominante. Y la tercera, es porque busca apelar y dialogar con la estrategia y práctica cada vez más popularizada de *rewilding*.

¿Por qué reclamar una *filosofía integradora*? Presumo que por cuatro razones. Una, esencialmente, es porque este libro pretende aunar distintos posicionamientos en torno a cómo deberíamos renaturalizar el Antropoceno, sin que ello implique necesariamente alcanzar acuerdos unánimes, sino más bien para acoger una pluralidad de pensamientos. Intuyo que es contradictorio procurar pensar cómo respetar la biodiversidad si se excluyen enfoques diversos. Responder a la crisis ecológica que tenemos encima es una empresa que deberíamos encarar conjuntamente, desde los distintos saberes, sean estos más tradicionales o novedosos y más locales o globales, y desde el reconocimiento honesto de las distintas necesidades reales, tanto nuestras como las de los no humanos que quedan más invisibilizados por nuestras sociedades. Para mí, esta integración debería consistir en abrazar la ética ecológica y la ética animal, el ecofeminismo, la justicia social, la justicia ambiental y la justicia multiespecies. Porque todas estas visiones tienen mucho que aportar para lograr transformar el Antropoceno y albergan muchas convergencias desde las cuales avanzar juntas.

Otra razón de abogar por una reflexión integradora es más teórica y guarda vínculos con la literatura académica. Por un lado, el filósofo José Ferrater Mora entendía y defendía el integracionismo como un método y punto de vista que encuadra las preocupaciones más especulativas por el existencialismo humano con la atención más práctica a las realidades naturales en las cuales se encuentran los sujetos, reuniendo, así, filosofía y ciencia (Ferrater Mora, 1962). Por otro lado, el biólogo Edward Osborne Wilson expresaba el imperativo de unir los saberes de las ciencias biológicas con los de las ciencias sociales y humanas, para así «saltar juntos» en el conocimiento, reconciliando de esta manera las diferentes disciplinas (Wilson, 1998).

Luego, en un sentido más biofísico, evolutivo y del desarrollo, lo integral comprende todas las partes o todos los aspectos necesarios para *uno* estar completo. Y este uno puede ser un organismo vegetal, animal o un ecosistema entero. Recuperar lo integral o la integridad simboliza reconocer las interdependencias y ecodependencias que nos conforman a todos, a fin de recobrar la concordancia y la coherencia.

Finalmente, apelar a una filosofía integradora, para mí tiene un simbolismo metafórico sugerente. Cuando pensamos en alimentos integrales aludimos a aquellos que están hechos con granos o cereales que no han pasado por ningún proceso de refinado para eliminar sus capas externas. Este tipo de alimentos siguen conteniendo sus cáscaras y están poco tratados por la gestión humana, gracias a lo cual preservan una rica cantidad de nutrientes y vitaminas beneficiosas para muchos organismos que los ingieran. De hecho, no es casualidad que el acrónimo del proyecto de investigación que auspicia este libro, ERA-CERES, haga referencia terminológica tanto a las épocas como a los terrenos donde se reivindica la presencia de Ceres, la diosa romana de la agricultura, de las cosechas y del cereal. En un mundo dominado por el capitalismo y el neoliberalismo, donde los alimentos quedan cada vez más simplificados de nutrientes y a la vez complejizados al quedar condicionados y encadenados por las fases de la manufactura industrial y transgénica que impo-

nemos los humanos, recuperar ese estado integral o salvaje de los alimentos me parece primordial. Y ello, asimismo, me resulta una invitación excelente a que los procesos de *rewilding* dialoguen con los nuevos y antiguos modelos de generación y suministro de alimentos.

¿QUÉ ES ESO DE *REWILDING*?

A muchas personas les sigue sonando extraña la noción de *rewilding*. Que se comience a escuchar con más asiduidad un vocablo en inglés a algunos les inspira escepticismo y desconfianza, porque lo ven como una imposición de una clase burguesa y profundamente urbana sobre el mundo rural, de una élite adinerada sobre los colectivos más empobrecidos, o de unos colonos extranjeros sobre la población local. Otros, sin embargo, le dan menos importancia y lo perciben como una moda que, como la mayoría de las modas, es llamativa, pasajera, suele enfocarse solo en las ventajas y beneficios, y resulta indisoluble de un cierto interés económico. En realidad, el *rewilding* es menos que todo esto y más que solo esto.

Aunque en la literatura científica se empezó a discutir el término *rewilding* desde finales del siglo pasado, George Monbiot (2014) popularizó el término con su obra *Feral: Rewilding the Land, Sea and Human Life*. Desde entonces, los debates tanto académicos como populares en torno al *rewilding* estallaron en Reino Unido, se avivaron de nuevo en América y echaron raíces en Europa.

El *rewilding* se considera una estrategia de la ecología o de la biología de la conservación cuyo objetivo principal es restaurar ecosistemas para que estos sean más funcionales y biodiversos. Pero no busca cumplir con este objetivo de cualquier manera: sino, sobre todo, cediendo en la gestión humana de la naturaleza, retirando las presiones antropogénicas y permitiendo que sean las especies salvajes no humanas las que recuperen con sus dinámicas naturales la gestión de la biosfera, aunque ello descoloque nuestros puntos de referencia históricos y dé lugar a eco-

sistemas que no recordamos. De hecho, por particularidades como estas, algunos autores han subrayado que el *rewilding* no es exactamente idéntico a la restauración ecológica. Aunque hay quienes han rechazado una distinción semántica entre ambas estrategias (Hayward *et al.*, 2019), otros señalan que sí hay diferencias clave, como que el *rewilding* tiende a aceptar la emergencia de nuevos ecosistemas o el reemplazo taxonómico de especies si estas cumplen funciones equivalentes, mientras que esto es difícil de aceptar en el caso de la restauración ecológica (Klop-Toker *et al.*, 2020; Pettorelli y Bullock, 2023).

En cualquier caso, el concepto y práctica del *rewilding* es plural en muchos sentidos. Podemos empezar reconociendo su pluralidad semántica por lo que respecta a su traducción hispanohablante. La literatura que existe por el momento, tanto académica como divulgativa, se vuelca predominantemente a hablar de *rewilding* como un proceso de «renaturalización». Así, entenderlo como una vuelta a la naturaleza suele ser el sentido más recogido al traducirlo en español. Mucha gente suele entender a qué nos referimos cuando expresamos este concepto, aunque sea con una vaga idea. Esta es una de las principales razones por las que aparece así en el título de este libro. Sin embargo, no dejan de haber diversas objeciones a la elección de este término: como que tiene un significado demasiado amplio y por ello cabrían una infinitud de procesos que no tienen por qué ser necesariamente de *rewilding*, que parece perpetuar una lógica dualista que separa a los seres humanos de la naturaleza, o que al incorporar el morfema *re-* se produce un anclaje hacia el pasado antes que partir del contexto presente emergente o de visionar nuevos futuros.

Otras propuestas para su traducción son, por ejemplo, «resalvajar», partiendo de la idea central de que el *rewilding* implica sobre todo facilitar las dinámicas de las especies salvajes. Esta noción alude a hacer los entornos (y volvernó nosotros mismos) más salvajes. Sin embargo, según el diccionario de la Real Academia Española (RAE), el término «salvaje» tiene acepciones que pueden estimarse negativas, como la definición de un animal «feroz», de una persona «falta de educación o ajena a las normas sociales»,

o de un proceso «cruel o inhumano». También alberga el sentido de «no civilizado», lo cual puede avivar la dicotomía binaria entre cultura-naturaleza, civilizado-primitivo, humano-no humano. Luego, una última propuesta sobre la mesa es la de «resilvestrar», que es un término con una carga cultural de sentido tal vez no tan negativa, pero que a su vez resulta menos empleado en nuestro lenguaje público o coloquial y en todo caso es más propio de un argot relacionado con las ciencias biológicas o la ecología. De hecho, es un término no recogido por el diccionario de la RAE. Quizá, la traducción que, subjetivamente y a título personal, encuentro últimamente más precisa, sugerente y elegante es la de «asilvestrar», que sí aparece en los diccionarios. Pero tal y como trata de demostrar indirectamente este mismo libro, los acuerdos por los términos han de ser un proceso abierto, evolutivo y en los que hemos de participar, reflexivamente, entre todos.

Además, tanto los términos de resalvajar como resilvestrar (o sus posibles versiones de asalvajar o asilvestrar), recogen ideas que ciertamente aportan más especificidad conceptual en la traducción que el uso genérico del término renaturalizar. Sin embargo, también se les podría criticar que su raíz etimológica hace alusión al vocablo latino *silva*, referido a la selva o a los bosques. Hilando fino, basarse en términos que priman el regreso de los bosques no tendría que ser necesariamente *rewilding* por dos consideraciones. Primero, tengamos en cuenta la reforestación de monocultivos como los eucaliptos en el noroeste de España o los pinos en algunas sierras leonesas, que poco tienen que ver con favorecer las dinámicas funcionales de los ecosistemas o con restaurar la biodiversidad. Y, en segundo lugar, pensemos en el rol de los humedales o las estepas para una buena diversidad y riqueza ecológica, a pesar de su ausencia de árboles que compongan bosques maduros.

Por todo esto, se puede terminar concluyendo que quizá no importa tanto la discusión terminológica que tengamos en los países hispanohablantes siempre y cuando comprendamos a qué nos referimos y haya unos acuerdos tácitos sobre su dominio conceptual, para que no todo se justifique tampoco en nombre del *rewilding*.

Más allá de la preocupación por el término en sí mismo, otro modo de seguir demostrando la pluralidad del *rewilding* consiste en atender a las distintas estrategias prácticas que se denominan como tal, con dicho nombre. Aquí, podemos matizar el *rewilding* en función de distintos criterios referenciales (Petto-relli *et al.*, 2019; Palau, 2020; Moyano, 2022). Si nos basamos en la referencia temporal a la hora de recuperar un ecosistema, podemos diferenciar entre hacer un *rewilding* holocénico, que sería el que remite a la época geológica más reciente (previa al Antropoceno y a la gran aceleración industrial y del capital), o bien un *rewilding* pleistocénico, que sería aquel que se remonta a una época aún anterior, de hace doce mil años o más. Luego, si nos referimos a la dimensión espacial, podemos hablar de un *rewilding* a macroescala, que sería el que trata de aplicarse en grandes reservas naturales de decenas de miles de hectáreas protegidas; a mesoescala, que contemplaría un espectro de unos cuantos centenares o docenas de hectáreas; o a microescala, que podría ser en parcelas de pocas hectáreas o incluso, de manera muy modesta, en los metros cuadrados que englobe un jardín privado. También, si el espacio hace referencia más al tipo de ecosistema biogeofísico que a la extensión de su superficie, podemos hablar, por ejemplo, de *rewilding* fluvial, marino, edáfico, insular o urbano. Por último, respecto al tipo de acción o fase procedimental de *rewilding* que se pretende desarrollar, es posible distinguir entre un *rewilding* activo, que busque dinamizar una regeneración ecosistémica mediante la traslocación de especies clave, o uno pasivo, que busque dejar los ecosistemas a dinámica natural y procurando reducir todo lo posible las perturbaciones humanas.

Obviamente, en teoría, todo proyecto de *rewilding* aspira a adquirir fundamentalmente un enfoque pasivo, pero en la práctica hay distintos entornos muy degradados que precisan de un «empujón» adicional, de manera que el *rewilding* se puede comprender como una suerte de *work in progress*, como un proceso gradual y de constante tensión entre el hacer (humanamente) y el dejar-hacer (a lo no humano).

El no distinguir bien bajo qué criterios se está priorizando una práctica de *rewilding*, hace que muchas discusiones entre conservacionistas no se encuentren o no sean capaces de llegar a ningún acuerdo. Por ejemplo, mientras unos apelan a la escala temporal de las especies y de la evolución ecosistémica como el criterio prioritario para renaturalizar el Antropoceno, otros consideran que es más importante fijarse en el rol ecológico de las especies, antes que a qué época evolutiva se remontan particularmente estas. La jerarquía de criterios difiere entre unos y otros, y por ello es razonable sentar las bases de lo que se está hablando, para al menos comprender los posicionamientos desde los que cada uno esboza sus argumentos.

Por último, podemos asumir que el *rewilding* es además plural respecto a los valores morales que guían sus teorías y las actitudes éticas que exhiben sus practicantes. Carver y colaboradores (2021) han señalado que el *rewilding* alberga un compromiso moral ecocéntrico, esto es, preocupado primordialmente por los ecosistemas. De ello se deriva que los distintos seres que reúne un ecosistema pueden ser considerados éticamente por su valor instrumental (para el buen funcionamiento del ecosistema), además de por su valor intrínseco. Aunque se pueda criticar esta visión instrumentalista de las vidas individuales en pos de un colectivo o conjunto ecosistémico (Faria y Paez, 2019), ello no tiene por qué implicar necesariamente una incompatibilidad con el respeto por el valor intrínseco de todo ser vivo individual. Esta aparente escisión irreconciliable entre la ética ecológica y la ética animal puede ser matizable. No olvidemos que quienes proyectamos racionalmente estas axiologías que dotan de ciertos valores a las personas, los animales, las plantas, las sociedades o los ecosistemas, somos humanos y, como tales, no tenemos por qué encasillar nuestra moral a un código binariamente excluyente, donde decidamos a qué entidades les atribuimos solo un valor intrínseco y a cuáles solo un valor instrumental. No somos robots, podemos ser más flexibles y sensibles a los contextos cambiantes en los que vivimos y, como tal, podemos asumir una moral más

fluida. Algunos autores, por ejemplo, hablan de fluminismo (Battson, 2020), como un posicionamiento moral más dialógico y dinámico en este sentido. Otros autores sugieren aceptar una axiología multinivel (Bendik-Keymer, 2021), donde un ser o entidad pueda ser considerado como acreedor de un valor intrínseco y a la vez instrumental. Así pues, estimo que hay un largo recorrido por delante para seguir pensando una posible relación armoniosa entre el ecocentrismo que suele pedirse desde el *rewilding* y otros posicionamientos morales, como el sensocentrismo o biocentrismo.

El *rewilding* también da la bienvenida a otros valores y actitudes éticas, como la humildad, que nos permite admitir que hay factores, dinámicas y escenarios complejos que escapan a nuestro entendimiento y que, por tanto, en varias ocasiones va a ser más sensato dejar que sean las demás especies quienes gestionen la naturaleza (Moyano, 2022). Más actitudes pueden ser el optimismo, la positividad o la esperanza, porque a menudo al *rewilding* le acompañan relatos inspiradores que permiten visualizar un mundo no contaminado ni dominado por el caos climático y el declive de biodiversidad, sino un mundo donde la vida salvaje florece y aprendemos nuevas relaciones de coexistencia menos esquilmanes (Carver *et al.*, 2021; Moyano, 2022). Otros valores, que quizás quedan más olvidados por los críticos del *rewilding*, pero que hoy en día están presentes tanto en sus aproximaciones teóricas como en muchas de sus estrategias y compromisos, son los de la inclusividad y la colaboración, pues se busca tener en cuenta y compartir los conocimientos y experiencias entre diversas disciplinas, geografías y grupos (Carver *et al.*, 2021; Rawles, 2023).

¿POR QUÉ RENATURALIZAR EL ANTROPOCENO?

Renaturalizar el Antropoceno puede sonar doblemente extraño o incongruente. Hay quien afirmará que es un sinsentido, dado que si aceptamos que el Antropoceno es una nueva era geológi-

ca más, moldeada por los impactos antropogénicos, y aceptamos que los seres humanos no somos algo ajeno a la naturaleza, sino que somos seres biológicos, naturales, entonces no hay modo de hacer del Antropoceno más natural, porque ya lo es. Esta objeción puede replicarse aduciendo que renaturalizar el Antropoceno no supone ignorar la dimensión natural de la especie humana, sino atender a todas las otras formas de vida naturales más que humanas que también conforman la biosfera y que cada vez quedan más eclipsadas por nuestras acciones y la aceleración de unos metabolismos productivistas.

También habrá quien afirmará que renaturalizar el Antropoceno puede llevar a hacerlo más cohabitable y, en cierto modo, legitimarlo, tomando como equivalencia el término normal de lo natural. Sin embargo, aunque en el lenguaje común a veces los usemos indistintamente, naturalizar no es estrictamente lo mismo que normalizar. Para la cultura de la Grecia Clásica, lo normal era producto de la *nomos*, las normas que ordenan los modos de vida impuestas por los habitantes de las *polis*, los ciudadanos. La constitución de la ciudadanía, además, estaba sesgada: mujeres, esclavos y muy difícilmente extranjeros podían formar parte de esta, quedando así su voz al margen de la deliberación y proclamación de las leyes sociales y de las reglas políticas. En la historia de la filosofía y del pensamiento político, la *nomos* no ha buscado necesariamente siempre encajar con la *physis*, la naturaleza, a excepción de algunas corrientes como los epicúreos. Así pues, renaturalizar el Antropoceno, yo lo entiendo como una invitación a realinear la organización política y social con los ritmos, más sosegados y regenerativos, de la biosfera.

Me atrevo a decir que, probablemente, esta sea una de las tareas éticas más importantes, urgentes y difíciles del siglo XXI. Es una afronta que de poco sirve si no mantiene una preocupación global a la vez que un cuidado local. Es una tarea dialógica, donde diversos actores, horizontes morales y acciones (e inacciones), se entrelazan para nadar a contracorriente: contra la inclemente inercia del antropocentrismo, el extractivismo y el

capitalismo. Y es una empresa que no deberíamos demorar más, puesto que la temperatura global, la desertización, las sequías, la contaminación y la extinción de especies, no hace más que aumentar. Ante esta situación, apelar al *ethos*, a un comportamiento más ético que respete lo mejor posible las múltiples formas de vida que reinan en este planeta, creo que es una cuestión de responsabilidad humana.

Por esto, por ejemplo, la Conferencia de la ONU sobre Biodiversidad celebrada en Montreal en diciembre de 2022 (la COP15) acordó preservar el 30 % de la superficie del planeta para la protección de la biodiversidad. A la zaga, la Comisión Europea lleva meses de negociaciones a fin de aprobar una ley de restauración de la naturaleza dedicada a asegurar la protección y regeneración natural de al menos el 20 % de todas las áreas terrestres y marítimas de la Unión Europea para 2030. Otros antecedentes, reputados científicos y divulgadores naturalistas como Edward O. Wilson o David Attenborough, han llegado a sugerir que cedamos la mitad del planeta a la naturaleza salvaje para evitar así su sobreexplotación y dejarle espacio y tiempo para su regeneración, abogando que nos va la vida en ello (Wilson, 2017; Erdelen, 2020; Vettese y Pendergrass, 2022).

La crisis ecológica que caracteriza la época del Antropoceno precisa de acciones novedosas y urgentes. Eso significa dejar de seguir con el modelo *business as usual* que nos ha ido inculcando el capitalismo industrial y el neoliberalismo en los últimos decenios. Un modelo basado en la explotación de la naturaleza no humana, la fosilización de nuestros metabolismos sociales, la mercantilización patriarcal, la atomización de los individuos y el optimismo tecnológico. Un modelo que nos está llevando a extinguir la vida salvaje y a transformar aceleradamente los ecosistemas. La renaturalización invita a cambiar este modelo, en uno o muchos sentidos, abriendo nuevas oportunidades para una convivencia multiespecie a largo plazo y más acorde a los ritmos de la biosfera. Diversos investigadores científicos coinciden en que hacer *rewilding* es una estrategia clave tanto para superar la crisis global de biodiversidad como para mejorar la capacidad